

Giorgio Agamben, *Profanaciones*. Anagrama Editorial, 2005. [Traducción: Edgardo Dobry]

Los juristas romanos sabían perfectamente qué significaba «profanar». Las cosas que pertenecían de algún modo a los dioses eran sagradas o religiosas. Como tales, quedaban sustraídas al libre uso y al comercio de los hombres: no podían ser vendidas ni dadas en prenda, cedidas en usufructo o gravadas por obligación alguna. Se consideraba sacrílego todo acto que violase o transgrediese esta indisponibilidad especial, que las reservaba exclusivamente a los dioses celestes (y eran entonces denominadas propiamente «sagradas») o inferiores (en cuyo caso se llamaban simplemente «religiosas»). Si consagrar (*sacrare*) era el término que designaba la salida de las cosas de la esfera del derecho humano, profanar significaba, por el contrario, restituir al libre uso de los hombres. «Profano —pudo escribir, así, el gran jurista Trebacio— se dice en sentido propio de aquello que, habiendo sido sagrado o religioso, es restituido al uso y a la propiedad de los hombres.» Por otra parte, «puro» era el lugar desvinculado de su dedicación a los dioses de los muertos y ya no era «ni sagrado ni santo ni religioso, liberado de todos los nombres de este tipo» [...].

Pura, profana, libre de los nombres sagrados es la cosa restituida al uso común de los hombres. Pero el uso no aparece aquí como algo natural, sino que sólo se accede a él mediante la profanación. Entre «usar» y «profanar» parece haber una relación especial, que es necesario indagar.

Se puede definir como religión a aquello que sustrae cosas, lugares, animales o personas al uso común y las transfiere a una esfera separada. No sólo no existe religión sin separación sino que cada separación contiene o conserva en sí un núcleo genuinamente religioso. El dispositivo que actúa y regula la separación es el sacrificio: a través de una serie de rituales minuciosos, diversos según la variedad de las culturas, que Hubert y Mauss han inventariado pacientemente, sanciona en cada caso el paso de algo profano a lo sagrado, de la esfera humana a la divina. Es esencial la cesura que divide ambas esferas, el umbral que la víctima debe atravesar, no importa si en un sentido u otro. Aquello que ha sido separado ritualmente puede ser restituido por el rito a la esfera profana. [...]

Desde esta perspectiva se vuelve acaso más comprensible el obsesivo cuidado y la seriedad implacable de la que debían dar prueba, en la religión cristiana, los teólogos, pontífices y emperadores para asegurar, en la medida de lo posible, la coherencia y la

inteligibilidad de la noción de transustanciación en el sacrificio de la misa, y de la encarnación y *omousia* en el dogma trinitario.

Pues allí se ponía en juego nada menos que la supervivencia de un sistema religioso que había implicado a Dios mismo como víctima del sacrificio y, de este modo, había introducido en él esa separación que, en el paganismo, atañía solamente a las cosas humanas. Se trataba, entonces, de hacer frente, mediante la presencia simultánea de dos naturalezas en una única persona o en una única víctima, a la confusión entre lo divino y lo humano, que amenazaba con paralizar la máquina sacrificio del cristianismo. La doctrina de la encarnación garantizaba que la naturaleza divina y humana estuvieran presentes sin ambigüedad en la misma persona, así como la transustanciación aseguraba que la especie del pan y del vino se transformaran sin residuos en el cuerpo de Cristo. En el cristianismo, con el ingreso de Dios como víctima en el sacrificio y con la fuerte presencia de tendencias mesiánicas que ponían en crisis la distinción entre lo sagrado y lo profano, la maquinaria religiosa parece alcanzar un punto límite o una zona de indecibilidad, en la que la esfera divina está siempre a punto de colapsarse en la humana y el hombre siempre está a punto de transferirse a lo divino.

El capitalismo como religión es el título de uno de los fragmentos póstumos más penetrantes de Benjamin. Según Benjamin, el capitalismo no representa solamente, como en Weber, una secularización de la fe protestante, sino que es en sí mismo y esencialmente un fenómeno religioso, que se desarrolla de modo parasitario a partir del cristianismo. Como tal, como religión de la modernidad, queda definido de acuerdo con tres características: 1. Es una religión cultural, quizás la más extrema y absoluta que haya existido jamás. Todo en ella tiene significado sólo en referencia a la observación del culto, no respecto a un dogma o una idea. 2. Este culto es permanente: es «la celebración de un culto *san trêve et sans merci*». No es posible distinguir, aquí, entre días festivos y laborables, sino que existe un único, ininterrumpido día de fiesta, en el que el trabajo coincide con la celebración del culto. 3. El culto capitalista no se orienta a la redención o a la expiación de una culpa, sino a la culpa misma. «El capitalismo es tal vez el único caso de un culto no expiatorio, sino culpabilizante (...). Una monstruosa conciencia culpable que no conoce redención se transforma en culto, no para expiar en él su culpa, sino para volverla universal (...) y para capturar al fin a Dios mismo en la culpa (...) Dios no está muerto, sino que ha sido incorporado al destino del hombre.»

Precisamente porque tiende con todas sus fuerzas no a la redención sino a la culpa, el capitalismo como religión no aspira a la transformación del mundo, sino a su destrucción. Su dominio es, en nuestro tiempo, a tal punto total que también los tres grandes profetas de la modernidad (Nietzsche, Marx, Freud) conspiran, según Benjamin, con él: son solidarios, en cierto modo, con la religión de la destrucción. «Este tránsito del planeta hombre por la casa de la desesperación en la soledad absoluta de su recorrido es el *ethos* que define Nietzsche. Este hombre es el Superhombre, es decir el primer hombre que comienza conscientemente a cumplir la religión capitalista.» También la teoría freudiana pertenece al sacerdocio del culto capitalista: «Lo reprimido, la representación pecaminosa [...] es el capital, sobre el que el infierno del inconsciente paga los intereses.» En Marx, por último, el capitalismo «con los intereses simples y compuestos, que son funciones de la culpa [...] se transforma inmediatamente en socialismo». [...]

Como sucede con las mercancías, donde la separación es inherente a la forma misma del objeto, que se escinde en valor de uso y valor de cambio, y se transforma en un fetiche inaprensible; así todo aquello que es actuado, producido y vivido —incluso el cuerpo humano, incluso la sexualidad, incluso el lenguaje— es dividido de sí mismo y dislocado en una esfera separada, que no define ya ninguna división sustancial y en la que todo uso se vuelve duraderamente imposible. Esta esfera es el consumo. Si, como se ha sugerido, llamamos espectáculo a la fase extrema del capitalismo que estamos viviendo, en la que todo es exhibido en su separación de sí mismo, entonces espectáculo y consumo son las dos caras de una misma imposibilidad de uso. Aquello que no puede ser usado es, como tal, consignado al consumo o a la exhibición espectacular. Lo cual significa que la profanación se ha vuelto imposible (o, al menos, exige procedimientos especiales). Si profanar significa restituir al uso común aquello que había sido separado en la esfera de lo sagrado, la religión capitalista en su fase extrema apunta a la creación de un Improfanable absoluto. [...]

La profanación de lo improfanable es el deber político de la próxima generación.